

Ti  
em  
po  
**Tiempo**





Presentación del capítulo

# Inexorable testigo

*Martha Viviana Vargas Galindo*

*Decana Escuela de Ciencias  
Sociales Artes y Humanidades, ECSAH.*

*El tiempo se bifurca perpetuamente hacia innumerables futuros...*

*El porvenir ya existe, pero yo soy su amigo.*

*J.L. Borges. (1941) El jardín de los senderos que se bifurcan*

La vida es una medida de tiempo, tenemos tiempo, perdemos tiempo, nos damos un tiempo, gastamos el tiempo, medimos el tiempo, ahorramos tiempo, consultamos el estado del tiempo, buscamos el tiempo perdido, y a pesar de que todo tiempo pasado fue mejor, siempre, siempre esperamos tiempos menos hostiles.

Según la Teogonía de Hesíodo, el poder del tiempo estaba más allá del alcance de los mismísimos dioses, su nacimiento se dio en un momento sublime en que lo infinito y lo finito se hicieron uno, cuando el cielo y la tierra brutalmente se separaron, cataclismo que rompió lo lineal para devorarnos como sus hijos bastardos y legítimos.

Solemos transitarle, el tic tac nos permite convencernos de que nos es dado controlarle, y así nos debatimos en el continuo devenir de lo que pudo ser y no fue, lo que es y no nos percatamos, y lo que será, que nos conmueve y atemoriza, pero nos seduce.

Los problemas del hombre no tienen solución sino historia, decía mi maestro Daniel Herrera, y precisamente como parte de una historia quizá irrisoria, sin poder siquiera sentirlo, fuimos lanzados a vivir en un simulacro de cíclica incertidumbre, una maniobra del destino que nacía y moría ante la mirada atónita del mundo entero asistiendo a su propio y construido infierno. Una tarde de jueves, al mejor estilo del efecto mariposa, el extraño virus que empezó de China llegó oficialmente a Macondo con intenciones de quedarse, de arrasarlo lo que se tenía por seguro y de probar lo más profundo de nuestra capacidad de resistencia, de resiliencia, y con el mismo prefijo ya cliché, de reinventarnos. La pandemia, el confinamiento, la soledad acompañada y la compañía en exceso, la conquista del instante, nos

hicieron chefs, yoguis, lectores asiduos; cantamos, aplaudimos, lloramos, pescamos recuerdos, esperanzas, los sabores de la vida estaban ahora en la sorpresa del alba. Lo cotidiano, sin más, se hizo acontecimiento.

La manera en que percibimos el tiempo es, dentro de la condición humana, una de las más subjetivas, narcisistas y por qué no decirlo, ególatras formas del yo; los días siguieron con sus noches, los efectos del contagio traspasaron fronteras, las noticias e incluso la necesidad de apagarlas siguieron creciendo casi a la par con las cifras de muertos e infestados, el estancamiento absurdo, la sospechosa carencia de excepciones<sup>1</sup> que nos aleja del cielo en la Rayuela se hizo extensa, plausible; el trabajo, para los que pudimos conservarlo, siguió su marcha frenética, la monotonía se fue convirtiendo en un lastre que corroe, que rompe.

Lentamente y de una extraña manera, que ya por lo visto no lo es tanto, volvimos a las calles, a construir y reconstruir en el día a día, con nuevos miedos, con el anhelo de que todo volverá a ser como antes; unos partieron, otros seguimos, la cicatriz, empero, deja pasar la luz. Existe una técnica japonesa llamada Kintsugi, que consiste en reparar las piezas rotas de la cerámica con polvo de oro para revalorizar la belleza de las cicatrices, de esta manera y tras tantos meses de fluctuación, sinsentido y perplejidad sabemos que ese polvo de oro son los demás, el virus nos recordó que somos sujetos vinculados, que solo somos en la mirada del otro, en la coincidencia, en la confluencia de las energías, en las vibraciones del amor, víctimas y victimarios, abono y semilla.

Estar confinados dibujó la vida en clave de presente, presente exquisito e incierto, metáfora viviente. Al fin, el virus y sus vericuetos nos enseñaron que nadie es feliz en soledad, esperemos que nada vuelva a ser como antes y que no seamos víctimas de un estornudo en la Antártida.

---

1. Tomado de: Cortázar, J. Rayuela. (2019) RAE.

# Cuando alguien se va...

## Estando en Cuarentena

*Carolina Herrera Delgado*  
*ECSAH, Duitama (Boyacá) – Colombia*

Hace mucho, cuando el mundo era joven y estaba aprendiendo, la gente no moría, solo vivía; con el tiempo eso no fue suficiente. Hizo falta espacio, la seguridad se vio comprometida, la gente peleaba, ya lo conocían casi todo y siendo tan ancianos les costaba trabajo moverse, jugar, les pesaban tantas cosas acumuladas y se sentían muy mal, aburridos, tristes, malhumorados. La gente vivía todo el tiempo pero no lo podía disfrutar.

Los Dioses preocupados se sentaron a deliberar. Dios Sabiduría escuchó, apreciando cada punto de vista y cuando hubo luz dentro de sus ojos, habló: Todos, según JUSTICIA, partirán algún día, pero tendrán un tiempo para culminar su misión como piden EQUIDAD y TIEMPO, sin embargo, para evitar una vida llena de MIEDO, no conocerán su plazo, así vivirán y disfrutarán cada día como si fuera el último. OLVIDO dijo: olvidarán, así no sufrirán. ¡Todos aplaudieron! MEMORIA replicó ¿cómo aprenderán si no recuerdan a los que se fueron y lo que han vivido?, no crecerán, ¡quedaría estático el mundo! Sabiduría volvió a hablar: Cuando alguien parta, tú, querida NEGACIÓN acompaña a sus dolientes, dándoles tiempo de asimilar. Se dirán “no ha pasado nada” Después vendrá IRA. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? preguntó Ira. Porque esas mismas preguntas se harán ellos, respondió Sabiduría; cuestionarse sobre la vida les permitirá tener fuerza para continuarla sin su ser querido.

Entonces vendrá CULPA... ¿¡Yo!? Se asustó. Si, explicó Sabiduría, para no olvidar a sus seres queridos se preguntarán ¿Por qué no fui yo y si él? ¿Hice algo mal? Estas preguntas les apartarán de la ira y vivirán su DOLOR, reflexionando sobre su propia misión, sobre su vida y sobre la del otro. Le acompañarán LLANTO y TRISTEZA, para aliviar el dolor, comprender y reconstruir la pérdida. Ausente negación, MEMORIA y OLVIDO les ayudarán a vivir sin esa persona, recordándola en lo que compartieron y vivieron.

¿Así ... termina todo? musitó Miedo. No, dijo Sabiduría; tras ese largo recorrido, los ayudaré, entenderán que cada etapa fue necesaria,

que, con AMOR, podrán dar vida a quien no está, recordándolo; entonces aparecerá ACEPTACIÓN. ¿Yo? ¿para qué? indagó Aceptación. Sabiduría aclaró: las personas ya no se preguntarán ¿por qué?, sino ¿para qué? Al responderse continuarán la obra de quien partió y la suya propia.

Sin embargo, aún hará falta la ayuda de dos hermanos, unidos como un solo cuerpo: MUERTE y VIDA. Cada uno nace del otro y es por el otro, así como no podemos reír sin saber llorar, ni sabemos ganar sin saber perder, ni conocemos el amor si no conocemos el odio, ni apreciamos algo si no conocemos lo contrario, como no hay calor si no hay frío, ni hay adiós si no hubo un hola, los hermanos les recordarán que la vida es un soplo, que se puede llenar de color con alegría, paz y felicidad y que cuando uno de ellos esté, traerá siempre a su hermano: NO HAY VIDA SI NO HAY MUERTE<sub>iiii</sub>

## Esquirlas

*Cristian Fabian Ramírez Buenaventura*  
*Estudiante ECSAH, Alemania - Münster*

No se respiraba tanta decepción en el Hogar Santa Clara S.A. desde que el hijo de la señora Dolores Sarmiento la dejó plantada en vísperas de la Navidad. Todos en aquella ocasión tenían algo que ver con la visita excepcional del único hijo de la más antigua de las residentes de la casa. Hasta la señora Mercedes Sabogal consiguió que la dirección del Hogar le autorizara hacer algunos cambios en la decoración de la sala común.

De Diego Lopera Sarmiento -hijo único de la señora Dolores- solamente se tuvieron noticias hasta la mañana del 26 de diciembre. Habló únicamente con la asistente de la doctora Lastarria y mencionó algo acerca de un compromiso de negocios impostergable. Nunca nadie más en el geriátrico volvió a saber de él.

La señora Floralba Méndez solía ser una de las más calladas del pasillo, pero también la más áspera con las enfermeras. La última vez que pudo reunirse con su hijo Octavio, todavía no le empezaban a fallar ni el buen ánimo ni la memoria. Luego vendrían el primer pre-infarto, el ingreso al geriátrico, la extradición de Octavio y últimamente el aislamiento obligatorio a causa del coronavirus. No recibía visitas desde hace cinco semanas. “Unos años de mierda”, decía ella.

Dolores y Ana Fidelia Gallo solían ser vecinas de habitación y eventualmente se reunían para tomar el café de la tarde en el balcón de la veterana artista. En una ocasión Floralba hizo parte de la reunión, aunque sin apenas pronunciar palabra.

Ana Fidelia Gallo era el nombre real de la carismática Ana de la Barca, reconocida cantante, actriz y activista en favor de cualquier causa perdida que le pusieran en el camino, durante más de 40 años. Su nostálgico canto a capella a cualquier hora del día, dejó pronto de ser molestia para los habitantes más coléricos de la residencia; de vez en cuando, algún entusiasta visitante respondía al improvisado recital con un espontáneo aplauso.

Los certificados de defunción de las tres mujeres se sumaron a otros seis que ya había firmado ese mismo día la doctora Lastarria. Solamente Diego Lopera Sarmiento no pudo ser notificado del fallecimiento de su familiar, al encontrarse fuera del país. Su secretaria aseguró que haría "todo lo posible" por contactarlo.

## Encierro

*Harold Enrique Parra Sierra*  
*INVIL – Bogotá - Colombia*

Frente al espejo hay un hombre viejo y cansado. Las ojeras han aumentado, en los párpados se ha acentuado ese color violáceo que siempre ha estado ahí como la única herencia del padre. Lo desconozco: soy yo, pero al mismo tiempo no soy. Ha pasado tiempo desde que inició el encierro a consecuencia de una medida necesaria, sin embargo, arbitraria. Tal vez los pájaros sienten lo mismo en sus jaulas, aunque supongo que el encierro les hace olvidar que pueden volar y allí se resignan a esperar el viaje al valle de los sin regreso.

Grito: "¡Lucía!", pero nadie contesta. El apartamento está vacío, igual que la nevera. La llamo otra vez por esa vieja costumbre que tenía de pedirle que me ayudara a solucionar mis problemas caseros o del trabajo. Solía llamarla tanto que desgasté su nombre, me ayudó tanto que se hartó de mi apego, eso recuerdo, y en un arranque desesperado me golpeó por la espalda, soltó un par de improperios y huyó. Fue pocos días después del inicio del encierro. La he llamado, sin obtener respuesta. Cansado de insistir horas, días, no lo sé, la invento

sentada en el sofá con una taza de café en la mano mirando por la ventana, como cuando las cosas marchaban bien, cuando podíamos hablar de cine y jugar a descifrar el final de las películas, cuando teníamos sexo a media tarde con las persianas abiertas, un poco para provocar a los vecinos, un poco para provocarnos a nosotros mismos.

El apartamento huele mal, no a ese olor a trapo mojado y sucio que ella detestaba. Es un olor a descompuesto, a podredumbre, a ilusiones cansadas. No sé hace cuánto huele así, ni cómo llegué a esto, menos qué día es. Me levanto con la poca fuerza que me queda, tambaleo un poco al caminar. El maldito olor es insoportable, pero no encuentro de dónde proviene. Trato de buscarlo en las habitaciones y en la cocina. Lo siento cerca, me desespera.

Alguien golpea, no quiero abrir y tampoco puedo. Me arrastro hacia el lado opuesto de la puerta y busco esconderme, no sé de quién ni por qué. Entro a una de las habitaciones, cierro la puerta, mi cuerpo se desliza por la pared y deja una mancha rosada. Ya en el piso por fin encuentro el origen del olor: soy yo, es mi cuerpo que se descompone lentamente. Lucía no solo se fue cansada de criar a un niño de cuarenta años, también me dejó un souvenir clavado en la espalda, a lo mejor para evitar que me olvidara de ella.

## ... Que no queden pendientes...

*Juan Guillermo Silva Rodríguez*  
*Egresado Especialización en educación, cultura y política*  
*Neiva (Huila) - Colombia*

Como de costumbre organizó su ropa sobre la cama, entró a la ducha y prendió su radiecito para escuchar las noticias de las 6 am. Siempre fue un misterio para nosotros lo que ocurría allí adentro, era un baño a sesiones, en un lapso de 30 minutos podíamos contar diez, doce, hasta quince caídas de agua. Siempre creímos que el abuelo había parcializado su cuerpo para darle total limpieza a esa piel gastada y cansada por los años; en alguna oportunidad cuando la abuela estaba viva quisimos ahuyentar el fantasma de la duda preguntándole por esas intermitencias en la ducha y su respuesta fue: Su abuelo siempre ha sido un hombre metódico incluso para bañarse.

Sin embargo ese día fue distinto... el sonido de la ducha fue constate y en menos de 5 minutos lo vimos vestido y con su cara blan-



ca llena de crema para afeitar preguntándonos por sus tenis negros con blanco; - ¿los de salir abuelo?

- sí miijo esos mismos, respondió. Todos nos quedamos en silencio, nadie quería ir en contra de su deseo, sin embargo con una voz de mando inventada tomé la vocería y le recordé que a su edad no era recomendable salir, que tenía que quedarse en casa hasta nueva orden; él fuerte y consciente de sus años ajustó sus ojos color miel sobre mí y con una dulzura que me sorprendió me dijo: - ya no tengo tanto tiempo en esta vida y hay aún un pendiente que saldar - tomó su boina y como si estuviera en medio de un acto de magia desapareció.

Se movió con astucia durante todo el camino, esquivó policías, se escondió detrás de los árboles, tomó todo tipo de desvíos y caminó tan rápido como pudo... en un tiempo indescifrable para él estuvo por fin en frente de la casa de Amalia, su novia secreta, gritó por ella, lanzó una que otra piedra a su ventana y cuando vio su reflejo en el umbral del cristal empezó en un acto de profunda valentía a quitarse la ropa, a dejarse ver los años, las arrugas, los viejos y profusos senderos de la vejez; ella hizo lo mismo, esta vez sin ritmo, sin la emoción de los primeros años, lejos de querer seducir, entendiendo que su piel ahora colgaba y que ese olor a perfume de antaño ahora se mezclaba con el de las vitaminas que a diario tenía que tomar para alargar un poco más su vida... bajó hasta donde él, se pararon uno en frente del otro, se reconocieron, olvidaron su vergüenza de adultos y con un impulso desmesurado y auténtico se fundieron en un último abrazo.

## Cuando murieron los abrazos

*Luis Alberto Vidales Holguín*  
*ECSAH, Tuluá (Valle) - Colombia*

Sin decir palabra alguna, al lado del árbol amarillo del que muchas hojas caían en verano para vestir la tierra con aroma y colorido, se sentaron, mudos, el hombre taciturno ensimismado, concentrado en el horizonte, un sombrero de paño cubría los pocos cabellos blancos que sostenían de su cabeza, su piel menguada por los años dejaba entrever que había sobrevivido al dolor.

Luego ella rozagante y vivaz, pequeñuela, brincona, hábil al perseguir las pocas mariposas que revoloteaban de flor en flor, dejó su correría y su interés por el paisaje y se concentró en el octogenario que inerte al lado del gigante amarillo, perdía la noción del tiempo y de la

vida.

Abuelo, cuéntame sobre el día en que murieron los abrazos, le susurró la inocente damita.

Él, haciendo caso omiso, siguió empeñado en leer las montañas, buscando respuesta, su miopía natural no era barrera para recordar y volver a su pasado.

¡Abuelo, abuelo! insistió la niña.

Miró el viejito al tierno retoño, le brindó una sonrisa delicada aceptando la derrota ante la súplica, se devolvió de dentro hacia afuera y habló.

Susana... ¡princesa de mi alma!... apenas era un niño, pocas cosas entendía del mundo, más que jugar, correr, gritar, y lucir los trajes de superhéroe, elaborados por mi madre; en ese tiempo las personas sonreían, compartían, abrazaban; solía ver en las mañanas a mi padre, saludar efusivamente al tío Juan cuando llegaba a casa, lo mismo hacía Úrsula, mi hermana, con mi madre y entre abrazo y abrazo el mundo se llenaba de eso llamado felicidad, sentía el amor y afecto de mis padres, abuelos, tíos, amigos, incluso Freud mí perro de vez en cuando, en un ataque de histeria se lanzaba contra mi humanidad, larguirucha, escuálida y sentaba un lametazo en mi frente, acompañado de un abrazo.

No había necesidad de pedir abrazos, naturalmente todas las personas los daban, y se veían sus rostros llenos de vida... Vino un silencio ensordecedor.

¡Sigue, sigue abuelito! insistió la nietecita, meneándose entusiasmada con sus delicadas manitas, ignorante de que cuando los años pasan hasta el oxígeno se limita para llegar a los pulmones.

El abuelo dejó caer su mirada, pronosticó que algo terrible iba a suceder en su relato.

Susana, fue en el mes de marzo, de un año que no recuerdo, en casa enclaustraron nuestros cuerpos, prohibieron salir, saludar, mirar, tocar a los demás, dijeron los gobernantes que algo andaba suelto en el aire y que todos éramos sospechosos de poseerlo; no entendía las cosas de adultos, lo claro se tornó oscuro y con ello vino la soledad, el miedo colonizó los días y las noches. Los vecinos del barrio se resguardaron en sus casas, sellando puertas y ventanas, pasaron las horas días y meses, una mañana al trinar de las aves y cuando el sol entraba por las hendiduras de la ventana, al notar la lejanía y tristeza de mis padres me di cuenta que habían muerto los abrazos.

# Del amor a la pandemia

*Luis Ángel Quinche Rodríguez*  
*ECSAH, Bello (Antioquia) - Colombia*

Wuhan – China, 17 de noviembre de 2019.

Una alegría incomparable acompañaba el rostro del detective Jian Hao. Bajo su brazo florecía una hermosa boutique de rosas para su amada Bai Ling. En su pasión ilusionaba que este detalle fuera su confidente en la romántica velada que cambiaría el destino de su corazón. La velocidad de su coche no era suficiente para cumplir con su promesa de amor, aquella cita que llevaría a su alma gemela al altar, si así aceptara la propuesta.

A dos calles de su destino impedía el paso una extensa cinta amarilla; el peligro era inminente, sin importar su ceguera por el destello del juego de luces que reflejaban las patrullas policiales. La curiosidad invade al detective y pregunta a uno de sus colegas, que custodiaba el lugar, acerca de lo sucedido. Recibe por respuesta la comisión de un crimen atroz a una mujer cerca del bosque. La víctima era Suyin Ho, destacada científica del laboratorio P4. En el horizonte la luna llena iluminaba la espesa neblina que abandonaba poco a poco su rocío, dejando al descubierto el cuerpo tendido bajo la sombra de los árboles. Mostrando su placa y experiencia pericial le es permitido detallar la escena. “No es un robo”, su gargantilla en oro y anillo de diamantes estaban aferrados a su existencia, su bolso contenía las pertenencias de manera sistémica, sus manos, brazos y bata blanca no describían ningún signo de violencia. Jian Hao señala a sus colegas del equipo de criminalística tres enigmas misteriosos que no hacen parte del entorno: junto al occiso, una huella de pisada, pequeña, sutil y delicada. En la mano derecha Suyin Ho empuñaba, aferrando a su pecho, la pista más reveladora; sobre su palma, en letras rojas, estaba escrito “COVID19”. Tras una búsqueda minuciosa a diez metros de la científica, un conjunto de ramas inusuales hablaba por sí sola, como si el homicida al azar las hubiera decorado para esconder la pluma que emitió aquella palabra que cambiaría el rumbo de la humanidad.

Engañado por su pasión contra el crimen al desviar su rumbo, el detective recobra memoria y llega a la casa solitaria de su amada. Desafiando sus principios y curiosidad ingresa por el patio trasero, observa en el comedor dos tazas servidas de té, sus lozas aún calientes. Sube con intriga a la habitación. En su armario, a primera vista,

observa aterrorizado un par de zapatos “pequeños, sutiles y tenues”, como eran los pies de su enamorada. En el cuarto de estudio observa ausente en el juego de plumones el “color rojo”. Horrorizado, corre a la cocina buscando respuestas a sus sospechas. En la basura yace un pequeño frasco de veneno vacío. Sin dilación, Jian Hao reporta a la jefatura: “la científica ha sido envenenada; su homicida se llama Bai Ling, era mi prometida”.

El misterio que empuñaba en su mano esta misteriosa palabra aún es incierto. Para el detective se abre una nueva investigación que tal vez el mundo de la ciencia pueda resolver.

## Jaulas familiares

*Mayra Fernanda Molano Herrera*

*ECSAH, Cumaral (Meta) - Colombia*

Cuando la pandemia comenzó a ser nefasta optamos por aislarnos quedándonos cada uno en su pieza. Estábamos en la misma casa, pero cada uno se mantenía en un cuarto diferente, era como estar en jaulas y observar a los demás igual de atrapados que tú. Nos poníamos en frente de la puerta con forma de reja para conversar. Mis padres, mi hermana melliza de dieciocho años, el perro adoptado y yo, viéndonos en celdas que decían nombrarse dormitorios, en un ambiente gélido, de pesadumbre, desesperación e incluso de locura.

En el mes trece de la pandemia otro sujeto entró a la casa, con mi padre lo asesinamos y lo sacamos de allí por precaución. Lastimosamente tenía el virus y había infectado a mi progenitor, en menos de 72 horas la enfermedad lo hundió... por tanto, le apunté con la escopeta y apreté el gatillo para que la bala perforase su cabeza. Me sentí aliviado ya que le había dado fin a la persona que siempre me golpeaba con la excusa de que debía comportarme como un varón. La intensa escena hizo que mi madre abriera la puerta para salir a abrazar el cadáver de su marido mientras rogaba que yo la matase porque ya estaba contagiada y vivir sin la presencia de mi papá la llevaría a un acto suicida después. Por mi expresión facial supo cuánto me dolería dispararle... ella, entre llanto, esperó a que yo le arrebatara la vida, pero mi hermana velozmente la tiroteó para no prolongar el padecimiento.

Desde ese suceso desgarrador solo han pasado cinco días y hoy estoy aquí con mi hermana y nuestro perro grabando este audio

que habla sobre nuestros días de encierro... Por otro lado, también presenciamos el espectáculo de la descomposición de los cuerpos de nuestros padres y nos cuestionamos qué tan sabrosa puede ser la carne humana.

Hoy se completan tres años de confinamiento y solo quedo yo como sobreviviente de aquella familia. Mi hermano... mi hermano se suicidó para convertirse en la comida destinada para el perro y para mí. En este preciso instante estoy ingiriendo lo único que queda de él: su oreja izquierda. Ahora sí puedo responder que el cuerpo humano es apetitoso como un platillo exótico. Si este caos no culmina pronto, tendré que dejar a la suerte a mi mascota en la calle o terminaré consumiéndolo.

Han pasado siete años y esta pandemia ha batido un récord de duración tenaz. El canino murió de vejez hace 48 horas. Ahora que estoy sin personas que me amen, me voy en busca de un par de humanos que sean sobrevivientes, que se tengan afecto y que quieran tomarme como su producto comestible... ya que terrenalmente estoy vacío de alma y corazón, pero lleno en carne para el deleite de individuos esqueléticos adaptándose a la supervivencia.

## Oscura noche

*Néstor Leonel Gálvez Arce*  
*ECEDU, Bogotá - Colombia*

Eran ya las 10:35 de la noche, sentía los párpados cansados y el cuerpo desganado, no por haber trabajado mucho durante el día, de hecho, la mitad del tiempo activo lo pasé viendo películas en Netflix de temáticas románticas y conmovedoras, algunas bélicas y otras de suspenso. Nada parecía llenarme el alma ni saciar mi deseo, era un día de esos del confinamiento en que sólo se quiere rellenar las horas, hacer que pasen desapercibidas, vivir la vida de otros a través de las películas o los libros, aislarse un poco, no pensar en algo por un momento.

Descubijé la cama, puse el celular en la almohada y apagué la luz del cuarto antes de acostarme. Recordé que no había ido al baño, y entonces me levanté de nuevo para ir a orinar, de lo contrario tendría que levantarme a las dos de la mañana o con suerte alcanzar hasta las seis o siete y luego correr el riesgo de no volver a conciliar el sueño.

Al salir del cuarto sentí que la noche estaba un poco más oscura de lo normal, una oscuridad densa y fría, tanto que tuve que encender la luz de la sala para poder ver con claridad, cuando en noches anteriores solía salir al baño con las luces apagadas. Noté que no estaba la bicicleta de don José en la sala, la puerta de su cuarto estaba abierta al igual que las ventanas que dan a la calle, me extrañó, porque generalmente a esa hora está próximo a acostarse. Descubrí entonces que me encontraba solo en la casa, caminé hasta el baño y dejé la puerta abierta mientras me senté en la taza para orinar, luego de terminar, me lavé las manos, salí del baño y me dirigí a la toalla colgada en las cuerdas de ropa del patio interno de la casa, me sequé y caminé de nuevo hacia el cuarto. Golpeaba una corriente de viento espesa que tal vez entraba por las ventanas del cuarto de don José, la noche seguía pareciéndome densa y extrañamente oscura. Sentí que se erizaron los vellos de mi nuca y un leve escalofrío me recorrió la cabeza.

Algo nervioso, aceleré un poco más el paso, entré en mi cuarto y cerré la puerta, dudé un poco antes de apagar la luz, pero encendí el teléfono para que alumbrara y así la apagué antes de acostarme y terminar arropado dentro de mis cobijas.

El ambiente incluso en mi cuarto comenzaba a tornarse oscurecido y helado, pensé que podría ser causa del estrés del día y ya era hora de descansar, pero comencé a sentir también la sensación de estar siendo observado, no estaba seguro de verlas, pero había sombras que parecían acercarse y alejarse, decidí cubrirme con las cobijas apagar la luz del teléfono y cerrar los ojos.

De pronto todo parecía estar calmado y en silencio, mi mente comenzaba a despejarse aunque mis oídos estaban agudizados y alertas. No supe a qué horas me dormí.

## Mar Pacífico

*Oscar David Bolívar Silva*  
*ECSAH, Bogotá - Colombia*

Gritando entró apresurada a la casa. En un rincón se agacho llorando desconsolada, sin creer lo que había pasado. Intentaba leer la página más difícil que, hasta el momento, se escribía en el libro de su historia; justo en ese momento sonó por primera vez la alarma que decretaba el toque de queda en esa pequeña ciudad.

“El Ministerio de Salud confirma que van 30.500 contagios y más de 905 muertes, el virus se propaga muy rápidamente nos salgan de sus casas”, escuchaba en el viejo radio del abuelo Evermina Orobio Angulo, mientras en su mente permanecía la imagen de su madre desaparecida hace una semana.

Fue vista por última vez caminando a unas pocas calles cerca de su casa, con la cabeza baja, sus zapatos llenos de barro y con algunas lágrimas en su rostro.

Doña Tere, la señora de la fama pensó que seguramente se dirigía para la fábrica de palma en la que trabajaba y es que la señora Angulo era muy querida por todos sus vecinos, supo ganarse el respeto de su comuna cuando en plena plaza principal, voleando machete, valientemente se enfrentó a las balas de un par de disidentes de las FARC, que buscaban reclutar a su hijo Willinton.

Evermina no comprendía cómo su madre era capaz de irse una semana después de su cumpleaños número 14, aunque tenía muchas razones para escapar. Todos los amigos de la escuela sabían que su padre Jarlin Orobio, camaricultor de profesión, tenía un romance con Alicia, una compañera del trabajo, decían que ella estaba embarazada y que desde la juventud ha estado enamorada de él.

Aunque el mayor cambió de su madre lo notó una noche cuando había llegado del trabajar y como era costumbre se organizaba para lavar los platos en la gran caneca roja de la cocina, cuando le dijo:

- Ever, negra, haga lo que haga, así parezca lo más descabellado de la vida, siempre estoy pensando en mi familia.

La pequeña vio un brillo extraño en sus ojos, pero no prestó atención y creyó que estaba asustada por ese virus del que todos hablaban o se imaginó que estaba preocupada porque el jefe le había suspendido el contrato en la cuarentena y no tendrían que comer.

Entre pensamiento y pensamiento llegó el atardecer, Evermina salió a dar de comer a “Tumaco”, un perro abandonado que la familia adoptó sin querer. A lo lejos vio a su padre caminando junto a su tío Luis, traía consigo un periódico que sin mediar palabra le dio para que leyera. Entre sus páginas sobresalía un artículo que decía:

Un vecino del sector reconoció a María Danilda Angulo, de 50 años, que fue encontrada ahogada en las aguas del mar Pacífico, cerca al barrio Viento Libre en la tarde del pasado miércoles. Se presume que fue un suicidio, solo llevaba consigo un examen que decía “contagiada”.

Justo en ese momento sonó por primera vez la alarma que decretaba el toque de queda en esa pequeña ciudad.

# A mi manera

*Rafael Eduardo Herrera Serrano*  
*ECEDU, Yopal (Casanare) - Colombia*

*“No hay porque hablar  
Ni que decir, ni recordar, ni que fingir “  
A Mi Manera versión: José José*

El sonido de aquella vieja canción francesa «Comme d’habitude», interpretada por la voz inmortal de Frank Sinatra, (My Way), suena en el trasfondo de mis pensamientos. El tiempo pasa tan rápidamente como los sueños y recuerdos viajan por mi mente.

Así sea en la distancia, y en la soledad propia de la cuarentena te contaré algunas reflexiones sobre mi vida, la cual bien o mal, viví intensamente.

*“I’ve lived a life that’s full”  
Viví una vida plena.*

La verdad, no le temo a la muerte, y a pesar de sentir tan cerca su presencia, en tiempos de pandemia, la incertidumbre camina con nosotros cogida de la mano y sin tapabocas. Los años vividos, admiten mirar el pasado sin arrepentimientos, tal vez pensar que podría haber hecho mejor, algunas cosas.

“I’ve had my fill my shave of losing.” Tuve mis victorias; mi cuota de derrotas...

Guardo algunos bellos recuerdos, pero reconozco que dejamos pasar, en muchas ocasiones, el disfrute de las cosas simples de la vida; por ejemplo: saber que los tiempos no compartidos con mis hijos me faltaron para entender mejor la complejidad de sus pensamientos, o encontrar al interior de mi hogar, rodeado de quienes se quieren y nos quieren, aquella tranquilidad y ese sentimiento de amor con el cual tratamos de arropar nuestras desesperanzas.

*“I did what i had to do.” Hice lo que tenía que hacer.*



Sin embargo, la seguridad y confianza que me han permitido decir qué pienso, con el pasar de los años, me enfrenta a tratar de entender y explicarme porqué seguimos enfermos. No me refiero amigo mío, a los males que acompañan nuestro cuerpo, tarde o temprano, la especie derrotará esas pandemias, y a pesar del número elevado de muertes, queda la triste realidad de nuestra historia.

*“But though it all, when there was doubt, i ate it up and spit it out.”  
Pero a pesar de todo cuando hubo dudas, las mastiqué y las escupí.*

Esa historia que nos confronta con nosotros mismos, con nuestras voces de protestas levantadas, que siguen sin respuestas y al igual que ayer, hoy nuevamente ignoradas.

Unos gobernantes, quienes no respetan la vida de su pueblo y de forma corrupta se apropian de los dineros públicos, que son nuestros; un sector financiero que aprovecha en su beneficio la angustia de los más necesitados, y la muerte de tantos y tantos líderes sociales, arrebatados a las estadísticas del covid - 19, para encontrarse en la mirada intolerante de quienes sólo son capaces de ver a través de los ojos de la muerte.

*“To say the things he truly feel; and not the words of one who kneels.”  
Para decir las cosas que realmente siente; y no las palabras de quien se arrodilla.*

Hay que hacer lo que nos corresponda hacer amigo; rescatar nuestro espíritu de antaño y volver nuevamente a las calles para que se oigan los gritos indignados de un pueblo que no se cansa de reclamar justicia, porque a pesar de que nuestra opción de lucha armada, dialécticamente ha sido revaluada, tenemos que retomar la vieja consigna promulgada de que: “los derechos no se mendigan se arrancan en la lucha organizada”.

*“And now the end is neard” Y ahora el final está cerca.*

No es nostalgia, es la puteria que produce el ver que, a pesar del tiempo, aquí no ha cambiado nada. No sé el momento de partida y si estoy o no preparado; aún tengo la esperanza de poder acompañar algunos años a mi nieto, bajo las actuales circunstancias ya me encuentro desprovisto de cualquier sentimiento de culpa o de grandeza, solo me queda reconocer que he vivido. A mi manera.

*My Way*



*Me despierta la incertidumbre. (Primer síntoma: El insomnio)*

# Síntomas de Cuarentena

*Nathalie Daviana Morán González*

He desarrollado esta serie fotográfica en mi casa, durante la etapa de cuarentena a la que nos hemos visto sometidos por la pandemia. Emocionalmente ha sido una experiencia abrumadora, no pensé vivir para presenciar una situación así, pero me siento afortunada de tener un medio de catarsis a través del arte.

Decidí realizar una crónica que pudiera expresar las emociones que iban surgiendo a medida que pasaba el tiempo. Elegí trabajar una tonalidad fría en las primeras imágenes que acompañara esas emociones difíciles de procesar y posteriormente marcar un progreso a través de colores fuertes con mensajes cómicos sobre la misma situación. Comienzo a marcar la diferencia desde la fotografía a contraluz con los colores de mi ventana al atardecer.



*No sé cómo “reinventarme” cuando ya estaba inventada.  
(Segundo síntoma: sentirse perdido)*



*¿Entonces qué es el tiempo? Solo fragmentos de rutina. (Tercer síntoma:  
perder la noción del tiempo y el espacio)*



*Quisiera un poco de sol, un poco de calle, un poco de gente entrando a mi casa y moviéndome el mundo. (cuarto síntoma: Añorar la libertad)*



*Necesitamos la proximidad e intimidad con otros para sentirnos plenos.  
(Quinto síntoma: La fragilidad)*

*Al menos los atardeceres  
son más hermosos ahora.  
(Sexto síntoma: valorar las  
pequeñas cosas)*







*¿Tapabocas dentro de casa? Que sigue, ¿Dentro del baño también?  
(Séptimo síntoma: La paranoia)*







*Solo veo pantallas todo el día, me duelen los ojos, la cabeza, la artificialidad del mundo. (Octavo síntoma: Mamarte de la virtualidad)*



*Soy una planta más,  
buscando rayitos de  
sol enterrada en casa.  
(Noveno síntoma:  
Leerse hasta las  
recetas de aguacate  
mientras temes sufrir  
de deficiencia de  
vitamina D)*

*I miss fucking Fridays even though I mostly said no to parties. (Tenth symptom: Missing doing the things you didn't enjoy doing before quarantine)*



DIA 1.

que es

usted

sincero



M



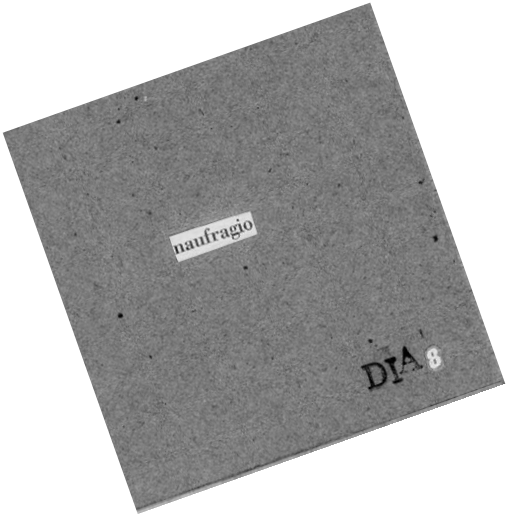
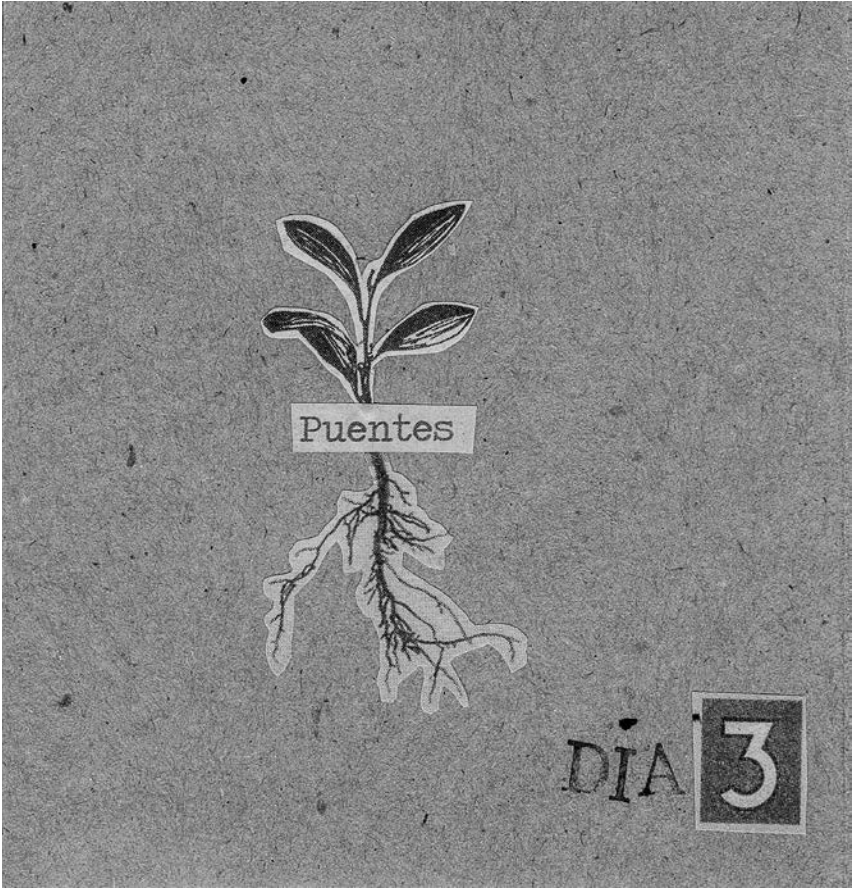
# Diario de cuarentena

*Natalia Calao*

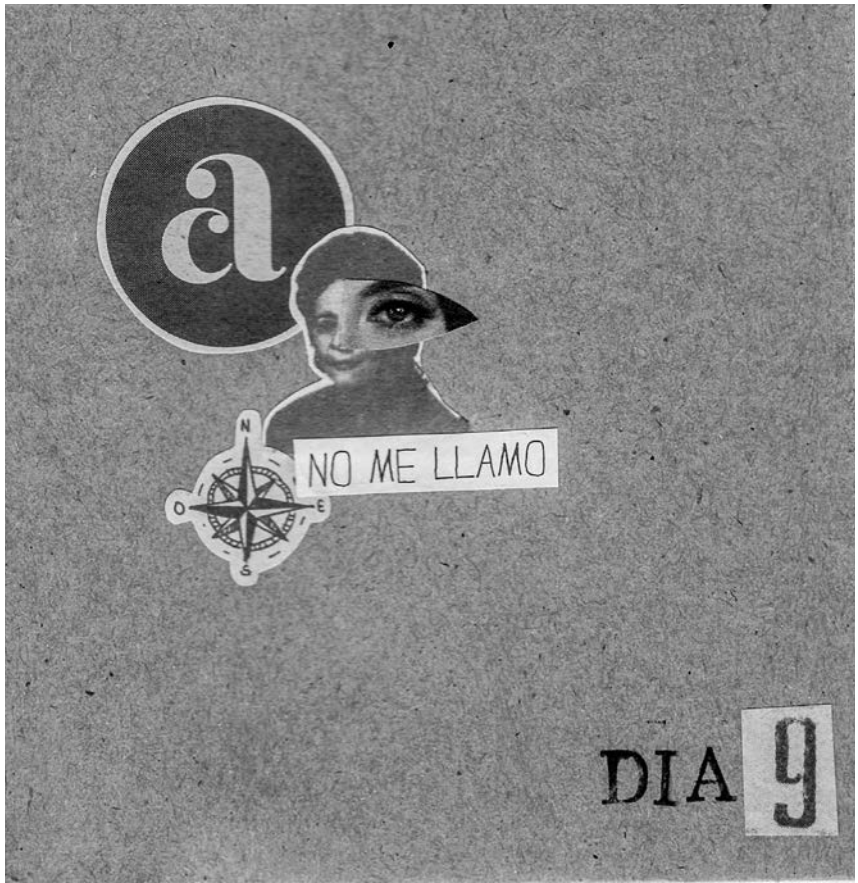
Diario de cuarentena es un Libro de Artista que surge como un ejercicio de registro cronológico, a partir del momento en que el presidente de la nación colombiana declaró el confinamiento obligatorio de las personas en sus casas, para evitar así la propagación del virus con el que actualmente hemos tenido que convivir.

Es un ejercicio en proceso que mezcla la técnica del collage con la caligrafía, la tipografía y la encuadernación artesanal, a partir del concepto artístico del *Objet Trouvé*, en el que el insumo de trabajo para el ejercicio creativo, son los objetos encontrados, específicamente, imágenes encontradas, soportadas en una concertina o tira de papel que se dobla a manera de acordeón para posteriormente ser encuadrada de manera artesanal.

Este ejercicio creativo de más de 30 ilustraciones, pretende llevar el registro cronológico de un momento de la vida nuevo para todos, echando mano de la capacidad creativa que ofrece mi espíritu artístico, a través de la superposición de imágenes, se presenta cada día como una idea que permita encontrar diferencias en estos días que transitan pesados y que parecerían estarse repitiendo. Unos ojos grandes en un rostro pequeño, un recordatorio de las calles que antes podíamos visitar, una conciencia sobre el espacio que habitamos, la convivencia con los que compartimos este espacio, la palabra que ayuda a consolidar la idea. Todo lo anterior se suma para construir la memoria de unos días aciagos que desfilan pesados y como esperanza del final que deseamos que llegue.







Se construye diariamente intentando poner en cada composición las sensaciones que va trayendo cada día, permitiendo tramitar de esta manera, la angustia, la impotencia, el encierro, la frustración, la tranquilidad o el abandono. Emociones frecuentes por estos días.

DIA 12



“Recuérdame, susurra el polvo”.

DIA

10



inmensas gratitudes

escribió un cuento de hadas



DIA 16

Es un ejercicio creativo inacabado y en construcción que terminará el día que podamos iniciar la nueva normalidad a la que saldremos. Ese día se realizará la encuadernación final que permita proteger el diario como una herramienta de la memoria y que convertirá el ejercicio en un Libro de Artista.



